

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Mensaje

XLIV JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES 2007

# La vocación al servicio de la Iglesia comunión

29 de abril de 2007

---

Venerados hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones de cada año ofrece una buena oportunidad para subrayar la importancia de las vocaciones en la vida y en la misión de la Iglesia, e intensificar la oración para que aumenten en número y en calidad. Para la próxima Jornada propongo a la atención de todo el pueblo de Dios este tema, nunca más actual: "la vocación al servicio de la Iglesia comunión".

El año pasado, al comenzar un nuevo ciclo de catequesis en las audiencias generales de los miércoles, dedicado a la relación entre Cristo y la Iglesia, señalé que la primera comunidad cristiana se constituyó, en su núcleo originario, cuando algunos pescadores de Galilea, habiendo encontrado a Jesús, se dejaron cautivar por su mirada, por su voz, y acogieron su apremiante invitación: «*Seguidme, os haré pescadores de hombres*» (Mc 1,17; cf. Mt 4,19). En realidad, Dios siempre ha escogido a algunas personas para colaborar de manera más directa con Él en la realización de su plan de salvación. En el Antiguo Testamento al comienzo llamó a Abrahán para formar «*un gran pueblo*» (Gn 12,2), y luego a Moisés para liberar a Israel de la esclavitud de Egipto (cf. Ex 3,10). Designó después a otros personajes, especialmente los profetas, para defender y mantener viva la alianza con su pueblo. En el Nuevo Testamento, Jesús, el Mesías prometido, invitó personalmente a los Apóstoles a estar con él (cf. Mc 3,14) y compartir su mi-

de Jesús: «*Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial*» (Mt 18,19). El Buen Pastor nos invita pues a rezar al Padre celestial, a rezar unidos y con insistencia, para que Él envíe vocaciones al servicio de la Iglesia-comunión.

Recogiendo la experiencia pastoral de siglos pasados, el Concilio Vaticano II puso de manifiesto la importancia de educar a los futuros presbíteros en una auténtica comunión eclesial. Leemos a este propósito en *Presbyterorum ordinis*: «*Los presbíteros, ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del obispo, a la familia de Dios, como una fraternidad unánime, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo*» (n. 6). Se hace eco de la afirmación del Concilio, la Exhortación Apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, subrayando que el sacerdote «*es servidor de la Iglesia comunión porque —unido al obispo y en estrecha relación con el presbiterio— construye la unidad de la comunidad eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios*» (n. 16). Es indispensable que en el pueblo cristiano todo ministerio y carisma esté orientado hacia la plena comunión, y el obispo y los presbíteros han de favorecerla en armonía con toda otra vocación y servicio eclesial. Incluso la vida consagrada, por ejemplo, en su *proprium* está al servicio de esta comunión, como señala la Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata* de mi venerado predecesor Juan Pablo II: «*La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraternal en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad*» (n. 41).

En el centro de toda comunidad cristiana está la Eucaristía, fuente y culmen de la vida de la Iglesia. Quien se pone al servicio del Evangelio, si vive de la Eucaristía, avanza en el amor a Dios y al prójimo y contribuye así a construir la Iglesia como comunión. Cabe afirmar que "el amor eucarístico" motiva y fundamenta la actividad vocacional de toda la Iglesia, porque como he escrito en la Encíclica *Deus caritas est*, las vocaciones al sacerdocio y a los otros ministerios y servicios florecen dentro del pueblo de Dios allí donde hay hombres en los cuales Cristo se vislumbra a través de su Palabra, en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía. Y eso porque «*en la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad*